

«día y cuándo de noche; el universo entero se ha desvanecido para mí.» La pasión le embriaga como vino generoso: si baila con Carlota, se cree transportado al quinto cielo; el contacto de sus dedos o de su pie con que tropieza debajo de la mesa, su hálito rozándole los labios, vierten fuego derretido en sus venas. Un día, que no pudo verla, manda a la casa un criado, y a la vuelta le parece como iluminado de celeste claridad. «Dicen que la piedra de Babilonia, puesta al sol, absorbe sus rayos y luego a la noche centellea en las tinieblas. Algo de esto me sucedía con mi criado. Con sólo pensar que ella había tenido la mirada en aquella cara, y en los botones y el cuello de su librea, se convertían para mí en objeto sagrado. ¡No le hubiera cedido por mil escudos!» Esta embriaguez interior desbordada sobre la naturaleza, que besa con apasionada vehemencia.

Embalsama los primeros capítulos del libro como una primavera sagrada —*ver-sacrum*,— durante la cual Werther aspira el alma de las cosas, y la vida universal fermenta en su corazón, y el amor, engrandecido, se inclina al panteísmo. Suenan en aquellas páginas gritos de águila que se apoderan del espacio, y se sumerge en él de un aletazo. «¡Ah! cuantas veces deseé volar, por entonces, a las orillas de la mar inmensa, beber la vida en la copa de delicias del Sér causa de todo por sí y para sí.»

Lo verdaderamente conmovedor del carácter de Werther es su ingenuidad, que se confunde con la violencia de sus impresiones. No representa un papel, como hicieron después sus imitadores. Su melancolía carece por completo de énfasis teatral. Libre de la crisis de exaltación, y en los intervalos en que le deja la fiebre, se convierte en un buen alemán, joven y candoroso, que se lleva perfectamente con la Carlota. Se encarama a los árboles del jardín, tan campante, para hacer caer las peras que ella recoge desde abajo en su falda; juguetea con los niños como un niño y se entretie-

ne en desvainar guisantes con su huésped mientras lee la Odisea o la Iliada. La tragedia que le arrastra a la muerte, se halla entrecortada de idílicos senderos.

Y en sus amores ¡cuánto pudor! Mucho tiempo se pasa sin que lo exprese más que con miradas y suspiros. La idea de que Carlota está prometida a otro, tiende entre ellos inviolable valladar, comparada a la espada de caballero que los novios de la antigüedad ponían en mitad de la cama, donde dormían juntos, y que más que empuñada por amenazadora mano, protegía a la virgen dormida. Un francés enamorado, intentaría, en su lugar, suplantarlo para él odioso rival; pero el honrado Werther no piensa en ello un solo instante. Todo lo contrario; hace justicia a Alberto, le quiere, le estima, le juzga digno de su adorada.

Hasta en los momentos de desesperación, su pasión conserva este leal candor. En un acceso de celos, se le escapan estas palabras. «Y sin embargo, ¿lo diré? ¿por qué no he de decirlo, Guillermo? más feliz hubiera sido conmigo que con él; ¡oh! no es el hombre que pueda satisfacer los deseos de su corazón. Cierta defecto de sensibilidad, defecto... tómalo como quieras; su corazón no late a la lectura de un libro estimado, cuando el de Carlota y el mío se comprenden tan bien! y lo mismo sucede mil veces, si por ventura nos ocurre expresar nuestro sentimiento sobre un acto cualquiera...» Pero a renglón seguido, arrepintiéndose de haber ido tan allá, añade: «Verdad que como la ama con todo su corazón, ¡qué no merece semejante amor!»

Y Carlota, la tierna Carlota ¿amó al pobre Werther? La fraternal amistad que le manifiesta ¿no se convierte en su seno en amor, furtivamente acariciado? ¿Le compara alguna vez con su marido, como el sueño delirante por el cual suspiramos, con la realidad aceptada por resignación? El libro sólo contesta con algunas reticencias a estas preguntas, y apenas alza el velo en que se envuelve esta alma púdica